



KATHLEEN GRISSOM

TIERRA de LÁGRIMAS



Una novela fascinante sobre la vida en una plantación del Sur
de Estados Unidos a finales del siglo XVIII

KATHLEEN GRISSOM

TIERRA DE LÁGRIMAS

Traducción de Milo J. Krmpotić

Título original: *The Kitchen House*

© Kathleen Grissom, 2010

© por la traducción, Milo J. Krmpotić, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2025

ISBN: 978-84-08-30159-2

Depósito legal: B. 3.982-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Lavinia

En la primavera de 1791 yo no tenía la capacidad de entender que el trauma de la pérdida me había dejado sin memoria. Solo supe que, al despertarme encajada entre bolsos y cajas, me asaltó el terror de no saber dónde estaba y de no recordar mi nombre. Me sentía débil después de meses de arduo viaje y, cuando el hombre me levantó para bajarme de la carreta, me aferré a sus anchos hombros. Él me apartó enseguida los brazos y me dejó en el suelo. Me eché a llorar e intenté abrazarlo de nuevo, pero él me empujó en dirección del anciano negro que se apresuraba a venir a nuestro encuentro.

—Jacob, llévatela —dijo el hombre—. Dásela a Belle. Dile que es para ella, que la use en la cocina.

—Sí, capitán. —El anciano mantuvo la mirada baja.

—¡James! ¡James, has vuelto!

¡Una voz de mujer! Esperanzada, levanté la vista hacia la casa que se elevaba enorme ante mí. Estaba revestida de tablillas horizontales pintadas de blanco, y un porche amplio recorría la totalidad de su fachada. A cada lado de los amplios escalones de acceso había unas columnas imponentes en las que se enroscaban glicinias de color verde y violeta. Su fra-

gancia impregnaba el aire de esa mañana de principios de abril.

—James, ¿por qué no mandaste aviso? —canturreó la mujer en la bruma matutina.

Con los brazos en jarras, el hombre echó el tronco hacia atrás para verla mejor.

—Te lo advierto, mujer. He vuelto a casa por ti. Más vale que bajes antes de que tenga que subir a buscarte.

En una ventana que parecía abrirse a ras de suelo, ella se rio. Era una figura hecha de espuma blanca, coronada por una cabellera ondulante de color cobrizo.

—Oh, no, James. No te acerques hasta que no te hayas aseado.

—Señora Pyke, ¡vaya usted preparándose! —gritó él antes de atravesar el umbral de un salto. Ya dentro siguió quebrantando la paz—. ¡¿Dónde está todo el mundo?! —Lo oí gritar—. ¡He vuelto!

Eché a correr para seguirlo, pero el anciano negro me cogió del brazo para detenerme. Cuando forcejeé, él me levantó en volandas y yo grité de terror. Me condujo con rapidez a la parte trasera de la casa. Estábamos en lo alto de una colina y, más allá, nos rodeaban cerros más bajos. Sonó un toque de cuerno atornador, lo cual me espantó aún más, y comencé a golpear a mi captor. Él me sacudió con firmeza.

—¡Para ahora mismo! —Lo miré, observé su piel marrón oscuro, de un color desconocido para mí y que tanto contrastaba con su cabello blanco, y me esforcé por entender el acento tan extraño con el que hablaba—. ¿Por qué peleas conmigo? —preguntó.

Yo estaba exhausta por todo y dejé caer la cabeza sobre su hombro enjuto. Él siguió avanzando hacia la casa de la cocina.

—¿Belle? —llamó el anciano—. ¿Belle?

—¿Tío Jacob? Entra —dijo una voz femenina, y la puerta de madera crujió cuando él la abrió usando el pie.

El tío Jacob me dejó en el suelo mientras una joven bajaba despacio la escalera; a continuación se nos acercó, anudándose con rapidez una cinta de percal verde al final de una gruesa trenza de lustroso pelo negro. Sus grandes ojos verdes se abrieron aún más, incrédulos, al recorrerme con la vista de arriba abajo. Me reconfortó ver que no tenía un aspecto tan extraño como el del hombre que me había llevado hasta allí; aunque la piel, ligeramente bronceada, no se parecía a la mía, sus rasgos faciales sí.

—El capitán te manda a esta criaja —informó el tío Jacob—. Dice que es para la casa de la cocina.

—Pero qué ideas se le ocurren a ese hombre. ¿No ha visto que es blanca? —La mujer se agachó ante mí y me hizo dar la vuelta—. ¿Has estado enferma? —Arrugó la nariz—. La ropa esta la voy a tener que quemar. Estás en los huesos. ¿Quieres algo de comer? —Me arrancó el pulgar de la boca y me preguntó si podía hablar. No logré pronunciar palabra y miré a mi alrededor, intentando situarme.

Belle se dirigió hacia el hogar enorme que ocupaba todo el lateral de la estancia. Allí sirvió leche humeante en una taza de madera. Al ponérmela ante la boca y hacerme beber, me atraganté, y me sacudió el cuerpo un temblor involuntario. Vomité y a continuación me desmayé.

Me desperté en un jergón del piso superior, demasiado asustada para moverme al darme cuenta de que seguía sin recuperar la memoria. Me dolía la cabeza, pero, al frotármela, aparté la mano, conmocionada. Me habían cortado la melena.

También me habían restregado la piel hasta dejarla sonrosada; la notaba escocida bajo la áspera camisa de color marrón que me cubría. Se me revolvió el estómago al oler el aroma de la

comida desconocida que subía por la escalera abierta, procedente de la cocina del piso de abajo. El pulgar me apaciguó y me tranquilicé mientras examinaba la habitación. Había ropa colgada de unos ganchos en la pared; a un lado, una cama de postes y, junto a ella, un pequeño arcón de tapa plana. El sol entraba a raudales por la ventana, abierta y sin cortinas, y en el exterior sonó de repente una risotada infantil. Como me resultó familiar, olvidándome de todo lo demás, me levanté de un salto y me acerqué a la ventana. La luminosidad me hizo daño en los ojos; tuve que tapármelos con las manos. En un primer momento no vi más que ondulaciones verdes, pero al pie de la ventana identifiqué un sendero que atravesaba un amplio huerto cercado y que conducía a una choza de troncos en cuyos escalones descansaban dos niñas pequeñas de color marrón oscuro. Las niñas observaban una escena que tenía lugar más arriba, en la mansión. Me asomé un poco más y vi un roble imponente. De una rama gruesa y baja, colgaba un columpio ocupado por una niña pequeña, y un chico más alto que estaba a su espalda la columpiaba.

Cuando él la empujaba, la niña, toda ella de colores azul y dorado, lanzaba chillidos. Y el muchacho se reía. ¡Otra vez! Yo conocía esa carcajada. Llevada por la esperanza, bajé la escalera a toda prisa, salí por la puerta de la cocina y subí corriendo la pendiente hasta donde estaban. El chico detuvo el columpio y los dos me miraron boquiabiertos. Tenían los ojos de un azul intenso y exudaban una saludable energía.

—¿Quién eres? ¿De dónde has salido? —preguntó el chico, cuyo pelo rubio centelleaba a la luz del sol.

Me quedé mirándolo, enmudecida por la decepción. No lo conocía.

—Me llamo Marshall —probó el muchacho de nuevo—, y esta es Sally, mi hermana.

—Tengo cuatro años —dijo Sally—, ¿y tú? —Pataleó al aire con los zapatos de color azul y me miró entre los pliegues de la visera de su capota blanca.

No supe contestar, así que sentí una oleada de agradecimiento cuando Marshall empezó a menear el columpio, desviando la atención de mi persona.

—¿Cuántos años tengo yo? —preguntó el niño a su hermana.

—Tienes dos —contestó Sally, intentando darle un puntapié.

—No, no tengo dos —dijo Marshall riéndose—. Tengo once.

—No, tienes dos —repitió Sally en broma, disfrutando de ese juego familiar.

De repente Belle me levantó del suelo.

—Vuelve adentro —dijo con tono áspero—, tú te quedas conmigo.

Ya dentro de la casa de la cocina, Belle me dejó sobre un jergón que había en un rincón frente a una mujer de color marrón oscuro que amamantaba a un bebé. La observé, ansiosa por sentir esa intimidad. La madre me miró; aunque su rostro era joven, tenía unas arrugas profundas alrededor de los ojos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó. Al no obtener respuesta, prosiguió—: Este es mi bebé, Henry —dijo—, y yo soy su mama, Dory.

De repente el bebé se soltó del pecho y lanzó un chillido estridente. Yo me metí el pulgar en la boca y me encogí.

Al no saber lo que se esperaba de mí, me quedé sin moverme en el jergón de la cocina. En esos primeros días me dediqué a estudiar todos los movimientos de Belle. No tenía hambre y, cuando ella insistía en que comiera, mi estómago se vaciaba con violencia. Cada vez que yo devolvía, ella tenía que limpiar.

A medida que Belle iba perdiendo la paciencia conmigo, también aumentaba mi miedo a importunarla. De noche dormía en el jergón que había en un rincón de su habitación, en el piso de arriba. La segunda noche, incapaz de pegar ojo, me acerqué a su cama, reconfortada por el sonido de su suave respiración nocturna.

Debí de asustarla porque se despertó y me dijo a gritos que volviera a mi cama. Obedecí con rapidez, más asustada que nunca.

La oscuridad me agobiaba y, cada noche que pasaba, me iba hundiendo un poco más en el desconcierto. Me palpitaba la cabeza por el esfuerzo de recordar algo acerca de mí misma. Por suerte, justo antes del alba encontraba alivio a mis penas, cuando los gallos y el toque de cuerno despertaban a todo el mundo. Entonces otra mujer, Mama Mae, se unía a Belle en la cocina. Las dos trabajaban juntas sin problemas, pero no tardé en percibir que, aunque Belle estaba a cargo de la cocina, Mama Mae estaba a cargo de Belle. Mama Mae era una mujer voluminosa, pero nada en ella era blando. Se trataba de una mujer sobria, que se movía como una corriente de agua, y esa rapidez dejaba a las claras que no sufría el mal de la ociosidad. Solía llevar una pipa de maíz entre los dientes, manchados de tabaco. Rara vez la encendía, sino que se dedicaba a mordisquear la boquilla y, al cabo de un tiempo, saqué la conclusión de que le servía para lo mismo que a mí el pulgar. Le habría tenido un poco más de miedo de no ser porque, desde el primer momento, me había mirado con una sonrisa que arrugaba en un gesto bondadoso su rostro marrón oscuro, sus rasgos chatos y sus ojos negros.

Los días que siguieron dejé de intentar comer y me pasé la mayor parte del tiempo durmiendo. Una mañana, Mama Mae se puso a examinarme mientras Belle nos observaba desde el otro extremo de la habitación.

—Es una testaruda, es lo que es. Cuando la hago comer, lo

devuelve, así que solo le estoy dando agua. Ya le entrará el hambre... —dijo Belle.

Mama me sostuvo la cara con su mano poderosa.

—¡Belle! —dijo de golpe—. Esta cría no quiere pelea. Está muy enferma. O *la* das de comer o ya te puedes despedir de ella.

—No sé para qué me la ha dado el capitán. Ya tengo bastante trabajo.

—Belle, ¿no se te ha ocurrido nunca que a lo mejor, cuando te trajeron a la cocina, yo pensé lo mismo de ti?

—Bueno, fijo que no monté tanto alboroto, vomitándote encima.

—No, pero tenías la misma edad, quizá seis o siete años. Y habías nacido y te habías criado aquí, y aún montabas tus berrenches —la regañó Mama Mae.

Belle guardó silencio, pero, después de aquellas palabras de Mama Mae, se mostró menos brusca conmigo.

Ese mismo día Mama Mae mató una gallina con la que me preparó un caldo y, por primera vez, el estómago me toleró algo que no fuera agua. Después de tomar ese líquido reconstituyente durante algunos días, comencé a comer y a retener los alimentos sólidos. Al verme más despierta, Belle pasó a interrogarme. Y, al fin, haciendo acopio de todo mi valor, logré comunicarle que había perdido la memoria. Quizá fuese mi acento extranjero o la sorpresa que le provocó esa información, no lo sé, pero me dirigió una mirada de incredulidad. Para mi enorme alivio, no me hizo más preguntas. Entonces, cuando las cosas comenzaban a asentarse, nos llamaron a las dos a la mansión.

Belle se puso nerviosa. Estuvo afanándose con el peine hasta que, exasperada, acabó envolviéndome la cabeza con un pañuelo para ocultar mi corte enmarañado. Me enfundó en una camisa limpia de color marrón que me llegaba por debajo de las ro-

dillas, y le anudó alrededor un delantal blanco que había cosido apresuradamente a partir de un paño de cocina.

—No te chupes el dedo. —Me sacó el pulgar hinchado de la boca antes de ponerse en cuclillas para quedar a mi nivel y obligarme a que la mirara a los ojos—. Cuando te pregunten algo, tú dices «sí, señora». Solo dices «sí, señora». ¿Lo entiendes?

Aunque apenas entendía lo que se esperaba de mí, asentí con la cabeza, deseosa de calmar sus nervios.

Seguí de cerca a Belle por el sendero de ladrillo que conducía hasta el porche trasero. El tío Jacob inclinó solemne la cabeza mientras nos aguantaba la puerta.

—Limpia esos pies —me dijo.

Me detuve a sacudirme el polvo y la tierra de los pies descalzos. Nada más cruzar el umbral noté la suavidad de la madera muy pulida. Al frente, a lo lejos, estaba abierta la puerta principal, y sentí pasar una brisa ligera que recorrió el pasillo y salió por la puerta trasera. Esa primera mañana no reparé en la cómoda alta de madera de caoba que hacía guardia en el vestíbulo, ni vi el alto tulípero blanquiazul que se exhibía con orgullo, pues era el último dispendio que el capitán había realizado al otro lado del océano. Lo que sí recuerdo con mucha claridad fue el pánico que sentí mientras me conducían al comedor.

—¡Bueno! ¡Aquí las tenemos! —resonó la voz del hombre. Al verme, la pequeña Sally lanzó un chillido.

—¡Mira, Marshall! Es la chica de la cocina. ¿Puedo jugar con ella, mamá?

—No te acerques a esa chica; parece enferma —contestó la mujer—. ¡James! ¿Cómo se te...?

—Tranquilízate, Martha. No tuve elección. Sus padres mu-

rieron y me adeudaban el pasaje. O se venía conmigo o tenía que escriturársela a otra persona. Estaba enferma. No me habrían dado nada por ella.

—¿Estaba sola?

—No, tenía un hermano, pero a él lo coloqué con facilidad.

—¿Por qué la has mandado a la casa de la cocina? —preguntó Marshall.

—¿Y qué iba a hacer? —contestó su padre—. Hay que enseñarla para que sirva de algo.

—Pero ¿por qué con ella? —preguntó Marshall señalando con la cabeza en dirección a Belle.

—Ya vale, hijo —dijo el capitán, y me pidió que avanzara con un gesto de la mano—. Ven, ven... —Aunque estaba afeitado y vestido como un caballero, reconocí en él al hombre que me había sacado de la carreta. No era alto, pero el volumen de su cuerpo y de su voz le daban mucha prestancia. Tenía el pelo canoso recogido en la nuca y nos observaba por encima de unas lentes con ojos de un intenso azul.

—¿Cómo estás, Belle? —preguntó alzando la vista.

—Bien, capitán —contestó ella con voz queda.

—Tienes buen aspecto —dijo él, y le sonrió con la mirada.

—Pues claro que tiene buen aspecto, James, ¿por qué no habría de tenerlo? Mírala, qué chica tan hermosa. Y no le falta de nada, jefa de cocina a una edad tan temprana, ya casi la dueña de su propia casa. Tendrás novios entre los que elegir, ¿verdad, Belle? —dijo la mujer apresuradamente, con voz aguda, apoyando un codo en la mesa mientras no dejaba de tirarse de un mechón suelto de su cabello pelirrojo—. ¿Verdad, Belle? ¿No vienen y van todo el tiempo? —repitió con insistencia.

—Sí, señora —contestó Belle con voz tensa.

—Ven, ven... —interrumpió el capitán, que de nuevo me hizo gestos para que me adelantara. En su proximidad, me con-

centré en las profundas arrugas que atravesaban su rostro curtido al sonreír—. ¿Estás ayudando en la cocina? —preguntó.

—Sí, señora —grazné, nerviosa por seguir las instrucciones de Belle.

Todo el mundo estalló en carcajadas, pero me di cuenta de que Marshall, el chico, no se reía.

—Te ha dicho «sí, señora», papi —dijo Sally con una risita. El capitán se rio por lo bajo.

—¿Tengo pinta de señora para ti?

Sin saber qué contestar, pues me sentía intimidada por la situación en que me encontraba, asentí con la cabeza, nerviosa. Siguieron más carcajadas.

De repente, el capitán se volvió y dijo con voz atronadora:

—¡Fanny! ¡Beattie! Más despacio, que nos vais a hacer salir volando de aquí.

En ese momento reparé en las dos chicas de piel oscura y recordé haberlas visto el primer día, sentadas en los escalones de la choza. Por las conversaciones en la cocina, sabía que eran las mellizas de Mama Mae, y que tenían seis años. En ese momento se encontraban al otro lado de la mesa, cada una tirando de una cuerda. Las cuerdas estaban unidas a un gran abanico que colgaba del techo. Al tensarlas, el abanico se movía sobre la mesa del comedor como el ala de una mariposa gigante y producía una corriente de aire. Con la emoción de las risas, las niñas se habían entusiasmado y estaban ventilando la habitación en exceso. Pero, después de que el capitán les gritara, sus oscuros ojos adoptaron una expresión solemne y ralentizaron sus movimientos.

El capitán se volvió hacia nosotras.

—Belle, buen trabajo —le dijo—. La has mantenido con vida. —Miró unos papeles que tenía ante sí y, después de leer por encima una página, se dirigió a mí—: Veamos, pronto cumplirás siete años, ¿correcto?

Yo lo ignoraba.

—Yo tengo cuatro —gorjeó Sally aprovechando el silencio.

—Calla, Sally —dijo Martha, y suspiró.

El capitán le guiñó un ojo a su esposa. Cuando se quitó las lentes para examinarme mejor, me sentí mareada bajo su escrutinio.

—¿No sabes qué edad tienes? Tu padre era maestro, ¿no te enseñó los números?

«Mi padre... ¿Tengo padre?», pensé.

—Cuando estés más fuerte, quiero que trabajes en la cocina —dijo—. ¿Podrás hacerlo?

Me dolía el pecho, tenía problemas para respirar, pero asentí con la cabeza.

—Bien —dijo él—, entonces te quedarás aquí hasta que crezcas. —Hizo una pausa—. ¿Tienes alguna pregunta?

La necesidad de saber superó el terror. Me incliné hacia él.

—¿Mi nombre? —logré susurrar.

—¿Qué? ¿Cómo que tu nombre? —preguntó.

Belle se apresuró a contestar:

—No sabe cómo se llama.

El capitán la miró, como esperando una explicación. Al no obtener ninguna, volvió a bajar la vista hacia los documentos que tenía ante sí. Tosió antes de contestar.

—Aquí dice que te llamas Lavinia. Lavinia McCarten.

Me aferré a esa información como si fuera un bote salvavidas. No recuerdo haber salido del comedor, pero reaparecí encima del jergón de la cocina, oyendo al tío y a Belle hablar del capitán. Ella dijo que el hombre iba a partir de nuevo a la mañana siguiente, y esperaba su visita esa noche.

—¿Vas a pedirle los papeles? —preguntó el tío Jacob.

Belle no contestó.

—Dile que los necesitas ya. La señora Martha te tiene ma-

nía. El capitán sabe que se toma las gotas marrones, pero no que las mezcla con el licor de melocotón. Tú estás más guapa cada día y, con todo ese beber, al mirarse al espejo, la señora Martha ve que parece tener más de treinta años. Te la tiene jurada y el tiempo pasa; esto solo irá a peor.

La voz de Belle, por lo general llena de determinación, sonó apagada.

—Pero, tío, yo no me quiero ir. Esta es mi casa. Y vosotros, mi familia.

—Belle, sabes que tienes que irte —dijo él.

La conversación se terminó cuando el tío Jacob vio que yo tenía los ojos abiertos.

—Bueno, bueno, bueno. La pequeña Abinia se ha *despertao* —dijo.

Belle se acercó a mí.

—Lavinia —dijo despejándome el pelo de la frente—, el nombre te va bien.

Me quedé mirándola y aparté la cara. Mi desconcierto era aún mayor que antes, pues no sentía ningún vínculo con ese nombre.

Esa tarde me mandaron a la choza de Mama Mae. Yo no quería salir de la casa de la cocina, pero Belle insistió. Mama dijo que Fanny y Beattie, sus mellizas, las dos niñas a las que había visto operando el abanico, estarían allí conmigo. Por el camino, Mama Mae me dio la mano y remarcó lo cerca que estaba la casa de la cocina de su pequeña construcción de troncos.

Fanny y Beattie vinieron a recibirnos. Me quedé atrás porque no quería alejarme de Mama Mae, pero las niñas estaban ansiosas por tener una nueva compañera de juegos. Me condujeron a un rincón de la choza para mostrarme el estante, tallado en uno de los troncos, donde guardaban sus tesoros.

La más alta de las dos, Fanny, era la líder; tenía ojos veloces y la manera de hablar directa de su madre; por sus brazos y sus piernas recordaba a una potrilla. Beattie, baja y regordeta, ya era bonita, con una amplia sonrisa acentuada por dos hoyuelos profundos.

—Mira —me dijo Fanny mientras sacaba los juguetes del estante. Eran unos mueblecitos para muñecas: una mesa y dos sillas hechas de ramitas, atadas con trozos de tendones de animales. Beattie me enseñó su muñeca y me la ofreció para que la cogiera. Lo hice con un deseo tan grande que ella dudó por un instante, aunque su espíritu generoso acabó primando y la soltó.

—La *hació* Mama —dijo orgullosa, mirando a su madre.

Me aferré al tesoro de Beattie mientras el anhelo me agujereaba el pecho. La muñeca estaba hecha con una tela áspera de color marrón; le habían cosido los ojos con hilo negro y las trenzas eran de lana del mismo color. Palpé la camisa, del estilo de las que llevábamos las mellizas y yo. También lucía un delantal de color rojo en el que reconocí la misma tela del pañuelo que Mama Mae llevaba en la cabeza.

Al atardecer, Dory y el bebé Henry se unieron a nosotras. Como los había visto en la casa de la cocina con frecuencia, yo ya sabía que Dory era la hija mayor de Mama Mae. Ella me caía bien porque me dejaba tranquila, pero el bebé no me gustaba mucho por culpa de sus chillidos.

Aunque me distraía con las mellizas y sus juegos, seguí pendiente de la presencia tranquilizadora de Mama. De repente se abrió la puerta y apareció un hombre oscuro y grande como un oso, recortado contra el cielo nocturno, más negro aún. Corrí al lado de Mama. Fanny y Beattie se pusieron en pie y se lanzaron hacia él, que las levantó en volandas.

—¡Papa! —gritaron.

El hombre las soltó y las niñas retomaron sus juegos. Alentada por Mama, me uní a ellas.

—Buenas noches, Dory. —El hombre tenía una voz tan profunda que bien podría haber surgido de debajo de la tierra. Se detuvo al lado de la madre de Henry y le puso una mano enorme sobre la coronilla—. ¿Cómo está tu pequeñuelo?

—No muy bien, papa —contestó Dory sin levantar la vista del banco en el que amamantaba a su hijo. El niño se alteró cuando le cogió las manos con suavidad para mostrárselas al hombre—. Cuando se le ponen así de grandes, llora todo el tiempo —dijo.

El hombre se inclinó y usó un nudillo para acariciar con cuidado la mejilla del bebé. Se incorporó, lanzó un suspiro y dio unos pasos gigantes hacia Mama Mae. Las niñas soltaron una risita y se taparon los ojos cuando él atrajo a su mujer hacia sí y le acarició el cuello con la nariz de manera juguetona.

—¡George! —Mama se rio y acto seguido lo espantó de su lado.

El hombre retrocedió. Al ver que yo lo estaba observando, me saludó con una inclinación de cabeza, y me apresuré a apartar la vista.

Belle esperaba una visita, le dijo Mama Mae al hombre como para explicar mi presencia, y los dos se dirigieron una mirada cómplice antes de que ella se volviera hacia el hogar. Sirvió el guiso de una olla negra que colgaba sobre el fuego y Papa fue poniendo los cuencos llenos encima de la mesa. A continuación, Mama apartó los carbones de la tapa de otra olla negra de hierro, encajada en las cenizas ardientes, y sacó de ella un pastel de maíz humeante, de bordes dorados y crujientes.

Los tres adultos arrimaron unos taburetes pequeños a la mesa y Fanny y Beattie hicieron que me sentara entre ellas para empezar a comer, pero todo me resultaba extraño; deseaba re-

cuperar la familiaridad de la casa de la cocina. Sin apetito, me dediqué a examinar la comida y, cuando Mama me indicó que comiera, me eché a llorar.

—Ven aquí, Abinia —dijo. Me acerqué a ella y me subió a su regazo—. Tranquila. Tienes que comer. Estos huesos necesitan carne. Mira, yo mojo esto en la salsa y tú te lo comes para ser tan fuerte como Mama.

Las mellizas se rieron.

—La estás tratando como a un bebé, Mama —dijo Fanny.

—Bueno —contestó la mujer—, a lo mejor es mi nuevo bebé y tengo que *darla* de comer. Ahora abre la boca, bebecita. —Ansiaba tanto sus cuidados maternos que me comí el pan de maíz que había mojado en la espesa salsa de jamón. Siguió dándome de comer mientras hablaba de la partida del capitán y de que la señora Martha volvía a estar de los nervios.

Dory dijo que tenía que volver a la mansión esa noche, que a saber lo que haría la señora Martha cuando el capitán se marchara por la mañana. Mama Mae le contestó que ojalá pudiera ir ella a quedarse con la señora Martha para que Dory no tuviera que dejar a su muñequito.

Su hija dijo entonces con un profundo suspiro:

—Ya sabes que es a mí a quien quiere...

Y Mama asintió.

Casi habíamos acabado de cenar cuando oímos unas voces amortiguadas procedentes del exterior de la choza. Papa George comenzó a incorporarse y a mí se me hizo un nudo en el estómago cuando Mama se apresuró a apartarme a un lado.

—¡No, George! —dijo, ya en pie—. Vamos Dory y yo. Mejor no meter a otro hombre en danza.

Oí unos pasos que se acercaban a la carrera, la puerta se abrió de golpe y apareció Belle jadeando. No llevaba el pañuelo verde en la cabeza y la trenza que se hacía por las noches estaba

suelta. Mama Mae tiró de ella para que entrara en la choza y luego se apresuró a salir con Dory. Belle se apoyó contra la pared, sin aliento, y enderezó la espalda antes de dirigirse a la mesa, a la que se sentó enfrente de Papa.

—Esta vez la señora Martha ha venido siguiéndolo —dijo—. No lo había hecho nunca. Y Marshall ha venido con ella. Cuando la señora ha visto el peine y el libro que me había dado el capitán, los ha cogido y me los ha tirado. Entonces Marshall se ha puesto a empujarme y a pegarme. El capitán lo ha parado y lo ha sacado por la puerta, pero la señora Martha se ha echado a llorar y a pegarle. Él le decía: «¡Martha, Martha, contrólate!», pero ella estaba tan enfadada que él me ha dicho: «Ve a buscar a Mama». —Belle hincó los codos sobre la mesa y apoyó la cabeza en las manos.

Papa sacudió la cabeza.

—¿Le has pedido los papeles de libertad? —preguntó.

Belle contestó sin apartar las manos de la boca.

—Dice que me los dará el verano que viene.

El aire crepitó con la rabia de Papa, que empujó la mesa con tanta fuerza al ponerse de pie que dos de los cuencos de madera acabaron en el suelo.

—¡El año que viene! ¡El año que viene! ¡Siempre la vez que viene! ¡Aquí va a pasar algo si no te da ya esos papeles!

La puerta se cerró tras él, y yo fui la primera sorprendida cuando empecé a vomitar la cena sin aviso previo. Pero el vómito vino acompañado de un ligero alivio, ya que ese acto involuntario mío ayudó en apariencia a Belle a calmarse y a recomponerse mientras me limpiaba.

Las mellizas nos observaban desde su jergón, donde también dormía el bebé Henry. Cuando acabó conmigo, Belle me mandó con ellas y empezó a arreglar la estancia. Después de poner todo en orden, se acercó a nosotras, cogió al bebé en brazos y

me indicó con un gesto que la acompañara. Nos asustamos al oír un ruido sordo procedente del exterior. Pero, cuando se repitió, Fanny supo identificar su origen.

—Ya está Papa cortando madera —dijo en un susurro.

Al salir, camino de la casa de Belle, la luz blanca de la luna dejaba en sombra el lado más alejado de la choza, allí donde Papa estaba trabajando.

—¿Papa? —lo llamó Belle con voz suave—. ¿Papa?

Los golpes se detuvieron.

—No te preocupes, Papa. Conseguiré los papeles —le dijo al silencio.